

distraído canturreando entre dientes no sé qué. Miguel sintió que el corazón le daba un vuelco; quiso recurrir á sus armas, quiso llamar á sus compañeros, quiso hacer no sé cuántas cosas; pero no supo sino detener el penco y volver grupas al ver que el otro tornaba á toda carrera. Empezó también carrera abierta y sólo la moderó al divisar en lo alto de un collado á los tres chinacates que departían bajo un árbol mientras echaban unas yescas; paró en la margen de un arroyuelo que, como cinta de plata, corría inundando los terrenos inmediatos, y allí aguardó la llegada de los charros que avanzaron fumando sus *macuchís*. Por fortuna no se habían enterado del susto los hombrachones aquellos, que llegaban riendo del algún cuento verde que les había referido Romualdo.

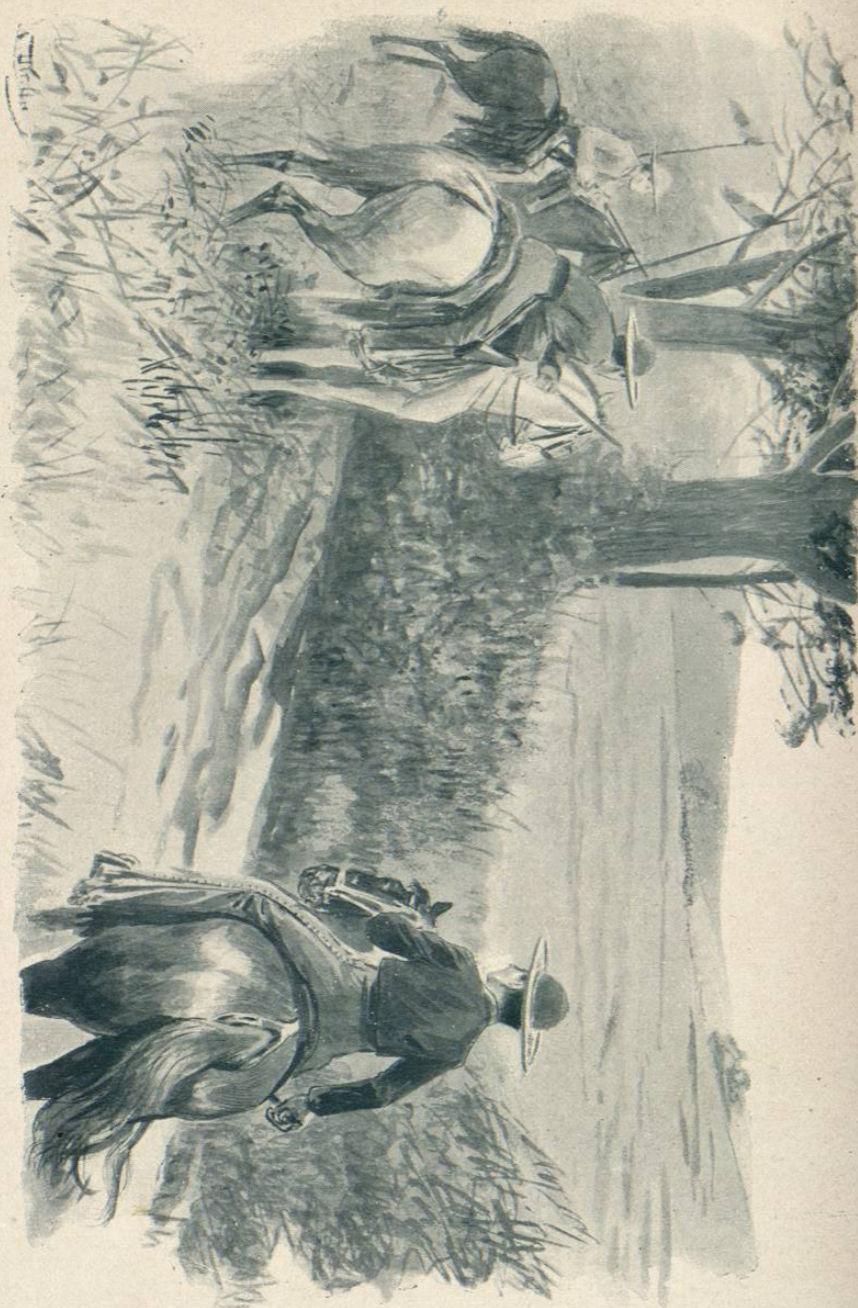
Subieron juntos á un cerrillo y entonces ya no les cupo duda de que el enemigo venía á toda prisa. Un mar de bayonetas que relumbraba al sol y una serie de pantalones rojos, caballos, dormanes, guiones y banderas, les cegaron los ojos por un rato impidiéndoles ver más.

— Volveremos á avisar lo que pasa, dijo el subteniente, como consultando con sus compañeros; y bajaron el cerrillo paso á paso hasta que dieron con la tropa de exploración que llegaba desplegando al aire banderolas y gallardetes.

La noticia fué recibida con gritos de júbilo y voces de entusiasmo.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO KEYES"
Fdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Puso Martínez su avanzada en orden, y ocultos por una barranquilla...



— Ya vienen; ahora verán lo que es cajeta.

— A ver si también los indios se rifan.

— A ver si les entran las balas á los güeros.

Puso Martínez su avanzada en orden, y ocultos por una barranquilla prepararon todos sus armas. Fué un rato de silencio solemne; los tagarnos, con la carabina al brazo, puesto el dedo en el gatillo, miraban hacia la loma esperando verla coronarse con la tropa enemiga. No tardaron en aparecer un pantalón y un fez rojo; después un soldado á caballo y otro á pie, y luego muchísimos de pantalón rojo, de gorrete rojo, de polainas blancas y mochila que deslumbraba cuando la hería el sol. Llegaban al paso gimnástico, con el fusil á la espalda, de dos en dos, de cinco en cinco, de diez en diez, serios unos, alegres y bromistas otros, apresurados todos.

Luego que el jefe mexicano vió que ya había gente sobre quien hacer blanco, ordenó el fuego.

— ¡Ahora, muchachos! gritó.

Y una nube de humo envolvió á los tiradores. Luego que la nube se disipó, Miguel vió que faltaban de entre los franceses que habían divisado primeramente, un viejo que avanzaba gallardo y retador, un negrazo gigantesco que sobresalía de entre los demás de pantalón colorado, el jefe de á caballo y algún otro.

Se notó la sorpresa que la brusca acometida había

causado, y no tardó en doblar la cúspide de la montañita un grupo de soldados de caballería.

En ese instante Martínez ordenó la retirada. Salieron los jinetes paso á paso, tomaron á poco un ligero trote y se metieron en un bosquecillo á la derecha del camino. Cuando la avanzada francesa estuvo á tiro hicieron los chinacates una nueva descarga, y derribaron á algunos de los que se adelantaban. Se metieron los franceses en el bosque, pero los mexicanos ya estaban fuera de su alcance; habían tomado diferentes direcciones, obedeciendo al admirable instinto del guerrillero Martínez, que determinó á sus tagarnos donde habían de reunirse de nuevo.

Dos ó tres veces más causaron bajas en la avanzada francesa los valientes fronterizos. Miguel veía aquello más como cosa divertida, como cosa graciosa, que como materia de peligro; se le figuraba el correr de la pólvora en las tribus africanas, que había leído en una relación de viajes poco tiempo hacía.

Cuando los jinetes mexicanos voltearon el cerro de Amalucan, vieron un espectáculo que les habría cautivado si hubieran estado allí para buscar colorido y primor. Llenaban la llanura los uniformes rojos, rojos hasta parecer que las polainas blancas caminaban en un mar de sangre; y brillaban en lo alto de los hombros, fusiles que lucían en la punta hojas blancas que semejaban una mies acerada, movida por un viento acompasado y tenue.

Seguían varios batallones de uniformes azules, y rodeaba á la tropa un cordón de caballería que dejaba ver dos ó tres baterías de cañones.

Avanzaban los zuavos en fila ancha y compacta, poco á poco y en actitud de ataque. Todavía la chinaca rompió el fuego á cortísima distancia, pasando á toda carrera los caballos chicos, dóciles á la rienda, y listos como si supieran el papel que estaban desempeñando, y sobre ellos, como centauros que manejaban la bestia á su guisa, los *chinacates* bravos empuñando la lanza y disparando el rifle para dejar el paso á otro y á otros que tras ellos venían.

En eso tronó un cañonazo en la altura de Guadalupe. Eran las diez de la mañana.

Los exploradores tenían ya su sitio designado; estaba al pie de la fortaleza de Loreto y al abrigo de los fuegos del cerro. Miguel se encontró al principio entre una selva de sombreros jaranos, de quepis de reglamento, de mochilas y de maletines, de rostros atezados y de barbas crespas; pero sin ver caras conocidas, ni siquiera las de los tiradores que le habían acompañado.

El terreno en que pisaba era quebrado, agrio, fangoso, de formación volcánica, repleto de hoyos y eminencias y teñido aquí y allá de un color rojizo que le hacía parecer la tez de un herpético sudoroso. Situado Miguel en lo último de la fila, veía á su izquierda el gallardo

cerro de San Juan, coronado por un edificio mitad castillo, mitad venta; á su derecha los cerros de las Navajas y Amalucan; esfumado á lo lejos el Pico de Orizaba, y á su frente el gentil caserío de Puebla, tendido en una pequeña ladera en forma de media luna, blanco hasta cegar la vista, y apenas salpicado aquí y allá por manchas de color. La Catedral esbelta y elegante; San Francisco erizando su aguja negruzca; la Compañía, que parecía enjalbegada el día anterior; y saltando de entre las grandes iglesias, como apéndices y arrendajos de ellas, multitud de torrecillas de azulejos, de espadañas relumbrantes y multicoloras y de campanarios chiquitines y como escondidos en el ramaje de grandes árboles que prolongaban su nota obscura hasta unirla á la falda de la serranía de la Malintzin, siempre coronada de brumas y engendradora de tempestades.

Hacia abajo no se veían sino rojo y verde: el verde de la pradera, el rojo de los calzones de los zuavos. Guadalupe había roto sus fuegos contra el campo francés, y aunque Miguel había oído los cañonazos de las paradas y las salvas presidenciales, no le parecía que los truenos de mentirijillas fueran lo mismo que aquellos golpes secos que al salir no aterrorizaban, pero que sí causaban espanto cuando se les oía repercutir en el aire como anuncios de muerte.

Y anuncios podían ser; pero á instrumentos de des-

trucción no llegaban. Los zuavos permanecían tranquilamente tomando su rancho más acá de Rementería, sin que las balas mexicanas les hicieran daño alguno. De repente se pusieron en acción precedidos de diez piececitas rayadas que empezaron á tirar contra el fuerte, y el fuego mexicano se redobló. Mas aquello duraba eternamente; bala iba y bala venía, y ni los artilleros mexicanos desmontaban las piezas de los asaltantes, ni los asaltantes abrían brecha en la iglesia y en las defensas del cerro.

Miguel sentía que la hierba se iba desecando, que los charcos que había dejado la lluvia el día anterior se consumían, y que el sol lo enervaba todo, cual si fuera una inmensa lámina de plomo que cayera sobre el campo y las personas. El oficial sentía calor, hambre, fatiga; pero sobre todo una sed terrible que le obligaba á menear la lengua en la boca para poder humedecerla un tanto. Se inclinaba sobre la cabeza de la silla, y se le figuraba que bebiendo el agua que había quedado depositada en los agujeros de las peñas, lograría rehacerse y quedar listo para la lucha; creía que resguardándose á la sombra de un menguado arbolillo, que estaba como á cincuenta varas de su puesto, conseguiría conjurar la horrible sed que le daba la sensación de mascar paño. Un tagarno le alargó un frasco de aguardiente que le quitó un rato la sed aquella; pero á poco la sintió volver más viva y más honda, extendiéndose por el esófago, bajándole por el

epigastrio, alojándose en el estómago y produciéndole un desmayamiento de miembros, una lasitud tan tremenda, que al mismo tiempo que de beber sintió deseos de arrojar algo que le estorbaba dentro. Alargó la mano al de la *limeta*, y el rancho, psicólogo más diestro que el mismo Caro, le dijo mirándole el rostro:

— Amigo, ¿qué, es la primera vez que le entra al fuego?

Contestó Miguel con un movimiento de cabeza, porque conocía que si hablaba, tras de la voz le saldría cuanto guardaba en el vientre, cual si hubiera bebido diez alcuvas del bálsamo de Fierabrás.

— Pues el remedio está en la mano; beba un algo, sin llegar á ponerse *tuturuzco*, y se acuerda de mí... Es l' alma que hace su oficio; por eso á las tropas se les da siempre su *ración de armada* — aguardiente con pólvora — para que se batan con vergüenza.

— Yo no tengo miedo, exclamó el novicio.

— Tampoco lo tienen ese señor oficial, ni aquellos soldados, y mire cómo están: con los pantalones como grillos y el chacó de pantalla.

Bebió Miguel hasta sentir que entraba en caja, y ya más calmado miró hasta la altura de Guadalupe.

Subía un regimiento de zuavos en columna de ataque, tranquila y pausadamente, como si hubiera estado en una parada ante las reales personas. La artillería del fuerte

seguía rezongando y casi no desperdiciaba tiro; pero las pérdidas de los franceses eran pocas, porque les favorecía lo quebrado del terreno.

Habrían subido cincuenta metros, cuando Miguel vió que salía una fuerza mexicana que hacía frente á los asaltantes. Descendieron como hasta la mitad del cerro;



pero auguraron todos que no tendría buen fin cuando les vieron llegar en desorden, casi á la desbandada. Mas á mitad del camino se rehicieron, comenzaron á disparar y lograron detener el empuje de los zuavos.

— ¡Bien, Tetela!

— ¡Adentro, Zacapoaxtla!

— ¡Qué bueno es ese Méndez!

— ¡Mejor es Juan Francisco!

— ¡Mataron á Méndez!